

("El Liberal. Madrid, 4 enero 1922")

DEACTUALIDAD



Guerra en la paz

En estos días de Navidad parece ser que un ministro de Guerra ha recordado aquello de "¡paz en la tierra!", que al nacer el Cristo decían los ejércitos celestiales, conforme al Evangelio según Lucas (II, 14). No creemos que ese señor esté muy al corriente de las doctrinas evangélicas, pues esto es lo ordinario en España. Sobre todo, entre los que hacen profesión de tradicionales.

Sí, el ejército celestial pudo cantar eso y el mismo Cristo Jesús dijo muchas veces lo de "¡en paz os dejo", y a Pedro que envainase su espada (Juan, XVIII, 10), pues quien toma espada a espada perece (Mat. XXVI, 52). Y la aversión a la guerra y a la espada de Aquel que se compadecía de las gentes viéndolas desparramadas y sin pastor (Mat. IX, 36), era tan grande, que huyó al monte, a la soledad, cuando las turbas quisieron hacerle rey (Juan VI, 15), que no era su reino de este mundo entregado a las disputas de los hombres.

¿Pero cómo se compadece con esto que el mismo Cristo dejara dicho que él no vino a meter paz, sino espada, a introducir disensión en las familias, hijos contra padres, hermanos contra hermanos? (Mat. X, 34-36. Luc. XII, 53) "Los enemigos del hombre, los de su casa"—decía—. Y bien lo sabía, pues los de su casa y familia, su madre y sus hermanos, fueron a recogerle diciendo que estaba loco. (Marc. III, 21, 31-35.)

Vino, sí, a traer la paz entre los pueblos; pero trayendo la guerra íntima, la guerra civil, y más que civil, la guerra doméstica. Y dejando el sentido religioso que esto pueda tener, aun en el sentido político—en el más noble significado de este vocablo—hace falta la paz exterior para encauzar la inevitable y fecunda guerra interior. Y los conservadores, que lo saben, suelen promover guerras exteriores para procurar la terrible paz de la muerte civil interior.

El mayor daño que nos trae esa lesatinada guerra de Marruecos, acción militar y policiaca, y no civil ni política, es que impide encauzar las inevitables luchas civiles de dentro de

España, que impide gobernar la lucha social, la lucha de clases. El bochorno, por ejemplo, de lo de los presos gubernativos—"¡no son más que 600!", dice muy fresco el que está haciendo como que hace de ministro de Gobernación—, ese bochorno, que nos está acabando de desacreditar ante el mundo civilizado, tiene estrechísima relación con el otro bochorno de los otros presos, de los que están cautivos de los moros. Son caras de una misma moneda. Son fases de una misma policía, que no política. Y en el fondo del fondo es la misma profunda, sin razón la que hace que ni se liberte a los unos ni se rescate a los otros. Es el miedo a tener que encauzar la lucha interior por la justicia y por la libertad y por la verdad.

En cuanto se suelta en Barcelona a alguno de esos presos, de los "sospechosos"—y esto de la "sospechosidad" es una categoría inquisitorial que deshonra a cualquier régimen civil—, van sus enemigos a darles caza y en esto se funda, "lógicamente", según él, el gobernador que se dice civil para escatimar las liberaciones. ¡Vaya una lógica! ¡Será policiaca, pero civil, no!

Los que dicen gobernar a este pobre pueblo desparramado y sin pastor y que le tienen entregado a mastines y no a rabadanes ni a zagales, sienten un miedo cervical—el peor de los miedos—a tener que abrir cauces de libertad a las luchas civiles, a las luchas sociales. Por eso se tiene en suspenso las garantías constitucionales, por eso se escandalizan los fariseos de la libertad de la palabra, por eso se trata de evitar que se conozca la voluntad, no por obscura menos decidida y firme, del pueblo adversa a la guerra exterior y deseosa de que se organice y se civilice la interior.

"¡Paz en la tierra!", clamó el ejército celeste. Y así clama, sin duda, nuestro ejército, a quien una vez se le obliga a ir a ahogar huelgas y conflictos económico-sociales que la torpeza gubernativa provocó, y otra vez se le obliga a ir a suplir la acción civil del protectorado, acción que los civiles no supieron encauzar. Porque aquí, el ejército tiene que reparar

inecias y torpezas de la política civil. Y la frecuencia del estado de guerra se debe a la incapacidad de los políticos para mantener el estado de paz de las luchas civiles y aun domésticas.

"Estado de paz de las luchas civiles" hemos dicho, y a la paradoja nos atenemos. Que haya una guerra civil en la paz militar. Y para matar esa guerra civil, guerra civil por la justicia y el derecho y la libertad, para matarla es para lo que los que medran con la muerte civil provocan y mantienen la guerra militar y exterior. Los presos gubernativos aquí y los cautivos de los moros allí son víctimas del mismo sistema de despotismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

